

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Tirada: 6.500 ejemplares.

Director: JUAN ORTEA FERNANDEZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	«Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.» (JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)	DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
10 números cada quince días, Ptas. 0,50 al mes		Calle de Cabrales, 144, pral.
20 » » » » » 1,00 » »		También se pueden hacer los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de
50 » » » » » 2,50 » »		D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73.
100 » » » » » 5,00 » »		La correspondencia de provincias al Sr. Director de RELIGIÓN Y PATRIA.—Gijón.
Pago adelantado.		

EL CRISTO ROTO (1)

(SUCEDIDO)

Llenaron casi el departamento de tercera aquellos obreros en pelotón, y con ellos subió una señora, que aunque, rebozadamente, era quien les mandaba.

La extraña jefa, a quien unos llamaban respetuosos «la Santa», otros burlones «la beata» y otros simplemente doña Marta, habíasele entrado por el barrio, tática y humildita; aquí diciendo palabras de amigo a un hombre, allí haciendo fiestas a un niño, allá visitando a un enfermo, acullá, dejando caer una pesetilla, se fué ganando muchas voluntades, y todo paraba en conquistar hombres para llevárselos a un convento por unos días. ¡Cosa más rara!... Los engatusaba con lo bien que habían de pasar allí: buena mesa, buena cama, ningún trabajo, y todo ello gratis, con abono de medio jornal encima. Aunque el fin de ello fuera, según voces, atraparlos para clericales, para *jesuitas* de blusa, como los hay también de levita, valía la pena de correr la aventura de esta expedición a la nueva Jauja. Reclutáronse más de veinte: quiénes de buena fe, quiénes al higuí de la pitanza, quiénes por curiosidad más o menos inocente. Pero aun a los que más aviesa la tuvieran, sorprendió mucho ver en la estación, entre ellos, a aquel Raimundo, conocido por todos como desaforado anticlerical y anticatólico.

—¿También ese viene con nosotros?—preguntó uno entre asombro y susto, a doña Marta. Y como ésta respondiera muy natural: Y ¿por qué no?—, soplóla él al oído haciendo misterio:—¡Ese es malo! ¡Ese rompió una vez un Cristo!—¡Habladurías—repuso la señora.—Y aunque fuera cierto, ahora es muy amigo mío.

Pero, en verdad, la alusión a la hazaña del Crucifijo no la dejaba tan impávida como fingía a los ojos del buen obrero. Era la segunda vez que la oía, y aun por ella había conocido al sujeto. Un hombre la detuvo una vez en la calle y la dijo señalando a otro que pasaba por la acera de enfrente (y era ese tal Raimundo):

—¿Por qué no conquista usted a ese? A ese le tiran mucho las cosas de iglesia. Suele santiguar a su mujer con un Cristo.

Olió ella en el acento y modo de decirlo el bellaco, que era burla; por lo mismo, parecióle que el aludido sería presa digna de sus esfuerzos, y le siguió la pista, y pronto le abordó. No la había engañado su instinto. A las primeras palabras comprendió que se trataba de un pez gordo; a pocas más la entró el asombro

de un naturalista que se encontrara en los bosques con un ejemplar auténtico de dragón, quimera o unicornio, sino que el asombro de D.^a Marta era de susto y espanto; había hallado un ejemplar del hombre que ella creía fabuloso, del hombre que odia formalmente a la santa Iglesia.

¡Aquí de los arrestos y bríos de la bendita de Dios! Con toda la frescura del mundo le convidó a hacer los ejercicios. Quedóse él mirándola atónito, algo así como los leones a don Quijote. ¡A él, proponerle, a él irse a un convento, a la madriguera de los zorros!...

—Y ¿por qué no? Un valiente como usted debe tener gusto en meterse en la madriguera, a conocer de cerca a los zorros.

—Y ¿quién le dice a usted que a mí me falte valor? ¡Lo que hay es que a mí no me engañan!

—¿Quién habla de engañar? Usted los oye, a ver qué le dicen; usted discute, si a mano viene... Si le convencen, bueno: si usted los convence a ellos, ¿qué más quiere usted?

En resumidas cuentas y previos los pactos y condiciones de que no se le obligaría a confesarse ni a hacer nada que él no quisiera, ¡ah! y de que nadie lo sabría, el hombre accedió, y él mismo se pasmaba de haber dado el sí a la beata.

Guardole ella muy bien el secreto, él dijo a su mujer que se ausentaba por cuatro días; a sus compañeros, ni palabra. Prometíase en cambio; darles luego la gran sorpresa y alegría con el relato de su aventura, una vez que la hubiera dado cima, y quizás, quizás prestar algún gran servicio a su causa con el descubrimiento de las arterias de sus enemigos. Por lo que fuera, se echó el revólver al bolsillo, y con estas disposiciones le vemos en la estación muy cejijunto y apartado de sus colegas, como apartado de ellos se acomodó luego en el tren.

Al echar a andar, viendo que D.^a Marta se santiguaba devotamente y que algunos la imitaban desmañados,—¡hipócritas!—murmuró, torciendo el gesto. Luego, como ella recorriera de grupo en grupo, preguntando:—¿Vamos bien?,—cuando le llegó a él el turno, respondió secamente:—Hasta ahora, bien.

Doña Marta se sentó, solita, no lejos de él y sacó un rosario, y sólo ella y Raimundo iban mudos y apartados de la conversación general, que por momentos se animaba. Nada quedaba sin comentario de cuanto veían sus ojos ávidos, infantiles, en el campo y en las estaciones...

—¡Mirarlo que gordo está, re... tal!

—Anda, qué prisa lleva aquel a... «caballeros».

—¡Sudar, sudar, hijos que más se suda en las fábricas!

Pero esto no eran sino episodios: rematados ellos con una risotada, volvían a poner en conceso el asunto principal, que era aquello a lo que iban.

Dicen que nos vamos a dar la gran vida de burgueses estos días.

—Si pensarás tú que nos van a dar gallina...

—Esa la tendrán para ellos. Ya nos contentaremos con rancho.

—Y aunque así fuera,—saltaba uno muy serio,—¿qué obligación tiene de darnos ni eso? Para lo que pagamos...

—A mí, con que me dejen dormir todo lo que quiera, me basta.

—Sí, ¡dormir! Para tí está... Sermón y más sermón, y vísperas y más vísperas.

—Cuando las palabras amenazaban aborrecerse, doña Marta, que iba oído alerta en medio de sus rezos, se les acercaba y les trafa la paz, distrayéndolos como a niños; luego volvía a su puesto. En una de estas, la preguntó Raimundo:

—Diga: y todo esto ¿quién lo paga?, si se puede saber...

—La caridad.

—La... bueno, la caridad ¿de quién?

—De gente buena, que no falta en el mundo, gracias a Dios, y se interesa por los pobres.

—¡Ya! Ahí van 1.000 pesetitas para que me vuelvan ustedes a estos hombres como un guante; para que me cambien estas fieras en borregos y trabajen de firme, y no me vayan a los centros socialistas, y no se me declaren en huelga, y se dejen explotar humildemente... Le digo a usted que la tal caridad sabe imponer sus generosidades a buen rédito...

—Y tanto; no lo sabe usted bien... Como que ese rédito que usted piensa es el menor.

—Pues ¿cual es el otro?

—El del Banco del cielo, amigo mío; donde dan el ciento por uno a quien haga algo por las almas de sus hermanos.

—Bueno; y a usted ¿cuánto le pagan si se puede saber?

—¿A mí ¿por qué?

—Por su trabajo; bien claro está. No lo hará usted por gusto o por capricho, digo yo.

—Mire usted; por capricho, no, pero por gusto sí que lo hago. Por lo demás, no tengo más paga que la que espero en ese Banco que le he dicho...

Cuando llegaron a la Casa de Ejercicios, y a su puerta se despedía doña Marta de los neófitos, Raimundo la dijo, azoradísimo y torvo.

—Le advierto a usted que traigo esto... Supongo que no me obligarán a usarlo... Y se levanta la punta del chaleco, dejando entrever el revólver...

—Calle usted, hombre, le respondió muy firme la Santa de Dios...—Eso, aquí, como no lo emplee usted contra las pulgas, que creo, sí que hay algunas...

**

A los cuatro días encontramos a nuestros ejercitantes similitamente, en un vagón del tren. Se ríen y alborotan más que a la ida, y más bonachonamente: a algunos tiene que irles a la mano doña Marta, porque no hallan mejor desfogue a su entusiasmo que ponerse en las estaciones a cantar y gritar: ¡Viva la Religión! ¡Vivan los Jesuitas! ¡Viva la santa!

Raimundo vuelve arrinconado, como a la ida, y con trazas de muy preocupado. Doña Marta le pregunta, afable, qué tal le ha ido: si ha tenido que hacer uso del revólver...

—Sí que lo he hecho: se lo he regalado al Padre...

—¡Ah!—exclama ella, reprimiendo mal su

(1) Para mejor inteligencia de este relato, tengan presente los lectores que en muchas poblaciones se ejerce la más hermosa obra de caridad reuniendo obreros que durante algunos días practican los ejercicios espirituales con el mismo orden y compostura que las comunidades religiosas.
El fruto que se obtiene es abundantísimo.
Esta hermosa costumbre sería de desear que prevaleciera en todas partes; es un medio eficazísimo de regeneración social.

júbilo;—de modo que... ¿le han convencido a usted...?

—No me hable usted nada, señora, ni me haga hablar... Déjeme usted solo, no me haga caso hasta que... Déjeme, déjeme: se lo pido ¡por... *EU!*

Doña Marta, entreviendo en aquella actitud el pudor misterioso de una conmoción del espíritu, le dejó sin añadir palabra. Ni aún le miró en todo el viaje, pero, de soslayo, creyó ver que el hombre se enjugaba los ojos con el puño.

En la estación se despidió bruscamente de la señora, y sin decir palabra a sus colegas, salió escapado.

—¿Y ese?—preguntaron algunos a doña Marta.

—De ese ¿qué hay que decir?—respondió ella.

—Nada; allá él con su alma... Yo no digo que haya hecho nada malo: bien formal ha estado... Pero, la verdad, cuando he visto que hoy no comulgaba... me he dicho, digo: «Ojo con éste; que no haya venido aquí para armarnos luego una zancadilla...»

—Pues si todo el fruto que saca usted de los Ejercicios es ser tan mal pensado con el prójimo, ¡medrados estamos!

Dijolo la santa con valentía aparente, pero también a ella la desconcertaba un poco la noticia de que no hubiera comulgado el hombre. Entonces, aquella actitud suya tan extraña ¿qué enigma envolvía?

La explicación la tuvo a los tres días, y bien cumplida y a medida de su deseo. Presentósele en casa el hombre. Traía el semblante hollado de cansancio, pero, a la vez, radiando contento; bajo la chaqueta escondía un envoltorio de mediano bulto.

—Aquí me tiene usted... Ya he cumplido mi palabra.

—¿Cuál, amigo mío? Mucho me alegro de verle, pero no recuerdo de ninguna palabra que me haya usted dado...

—Me la di a mi mismo, señora... Usted sabe, sin duda, lo que yo he sido, y habrá usted oído hablar de la barbaridad que hice... Mi mujer tenía un Cristo: se pasaba las horas rezándole... Yo, que estaba lleno de malas ideas y de peores quererres, me consumía con aquello como usted no puede figurarse: me daba una rabia, como si mi mujer me faltara a mí en la honra... Una vez no pude más: la dije atrocidades, y a media palabra que me respondió, cogí el Cristo y, con la furia de cien demonios, lo estrellé contra el suelo, haciéndose añicos. Ella llorando, pero con toda la calma del mundo, se echó por tierra a recoger los añicos, uno a uno toditos, y los guardó no sé donde. Pues, bueno; el otro día, en los Ejercicios, cuando abrí los ojos, de repente, y comprendí toda la barbaridad de lo que yo había hecho, me juré, lo primero, componer el Cristo, y mientras no estuviera rematada la compostura, no salir de casa, ni al trabajo, aunque me costara la colocación; ni probar más que pan y agua, ni dormir más que lo justo para no caer de sueño... Y aquí está, señora, el Cristo: se lo traigo para que lo vea... No lo he podido hacer mejor, pero casi me alegro. Así, notándosele las junturas y los desportillados y esta laña que ha habido que ponerle, (que me parece un clavo más que yo le metí), me recordará más al vivo mi judiada... Porque, mire usted, con franqueza: por un lado me apetecía regalárselo a usted para recuerdo, y mi mujer estaba muy conforme; pero por otro, ¡qué caramba! me cuesta, la verdad, me cuesta. Se me figura que a ningún Cristo le he de rezar yo tan de veras como a este. Pero que ello no valga, ¿eh?: si a usted se le antoja tenerlo, suyo es.

—Guárdese, guárdese, Raimundo—exclamó doña Marta, arrasados los ojos en lágrimas, y besando férvida el Crucifijo.—Guárdese, y que El le bendiga... Lo hecho por usted es muy hermoso: Dios se lo premiará. Ahora solo falta...

—Sí, ya sé: comulgar. Y bien de ganas que tengo de ello. Mañana mismo, señora, si a usted le parece que puedo...

—Pues ¿no ha de poder. Digo, confesándose antes... Y ¿cómo no lo hizo usted?, si no es indiscreción...

—Ya me confesé, pero lo de comulgar era otra cosa... y bien que se empeñó el Padre en que lo hiciera, pero ¿qué quiere usted? No podía, no podía. Eso de recibirle a *EU*, pen-

sando que en mi casa estaba hecho trizas por mí... Vamos, que no podía, y me enterqué con el Padre. Sentiría haberle disgustado... Mañana mismo le escribiré, después de comulgarme.

Doña Marta estaba absorta. Aun aquella misma obstinación y rebeldía de juicio le parecía en cierta manera admirable, como prueba de la bravura y entereza de aquel portento de conversión que tenía delante. Trémula, llena de pia curiosidad, quiso alzar una punta del velo que cubría el misterio de la gracia, e interrogó por la causa, el género de fulgor que derribara del caballo a aquel hombre. Y él respondió:

—Usted sabe cómo fui a los Ejercicios; digo no lo sabe usted bien. Iba con las de Caín. Y allí al principio, continúe igual; a todo lo del infierno y cosas por el estilo, decía yo: «¡Monserga!» Pero una vez se arranca el Padre a decir, señalando al Cristo, cómo está así por nosotros... Y de repente, siento una cosa... Le advierto que de aquello mío han pasado tres años, y nunca he tenido más remordimiento que si hubiera matado a una mosca, al contrario a gala lo tenía, ¡bestia de mí!... Pues de repente, como digo sentí una cosa... no sé cómo explicarlo... Así, a modo de una vergüenza muy grande, de figurarme que estaba haciendo entonces mismo la fechoría del Cristo, pero con un Cristo de carne, vivo, y delante de un gentío como de todo el mundo, y que todos me decían: «¡Cobarde, cobarde! Eso, hecho con un hombre fuerte, que se pueda defender, con un poderoso, bueno... Pero con este infeliz, desangrándose, cosido en una cruz... y que no es como todo el mundo... ¡vaya una hazaña! ¡Cobarde, cobarde...» Y El, destrozado, hecho cuartos como estaba en el suelo, todavía me miraba con sus ojos, muy dulce, como un a mi go muy querido que se despide de usted al morir... Y de ahí vino todo, señora, pero a escape, de un momento... ¡Cristo mío!...

NICETAS DE TAVIRA.

Como este hay muchos

—¿Puedo pasar, señor?

—Pase.

—Yo soy gallegu, señor, y vengu de Santiagu de Galicia, fundidor de oficio y socialista de profesión.

—¿Y qué te ocurre?

—Pues tratar con V. la cuestión de los obreros. Yu tengu muchus deseos de trabajar y no sé comu, ni con quién marcharme. Yo quisiera ser oradur, tengu mucha labia, y cuando hablu, todos se quedan con la boca abierta.

—De modo que tú quieres hacer mucho bien.

—Sí señor, mucho.

—Pues lo primero que debe hacer el que quiere arreglar el mundo es ser bueno, sino no hará nada. ¿Eres bueno?

—Síñur, otros hay piores.

—Eso no es bastante, sin ser el peor del mundo se puede ser muy malo. No es la verdad que se habla o se escribe la que hace bien a los obreros, sino el espíritu que acompaña a esa verdad. Querer hacer bien a los hombres, sin tener buen espíritu, es lo mismo que empeñarse en calentar una habitación con un fuego pintado en un cuadro, o querer alimentarse con un pan dibujado en el papel.

—De modu y manera que habrá que ser buenu del todú.

—Cuanto más mejor, todo lo demás no cura. Cuando yo vine al mundo encontré a los socialistas disputando sobre este asunto, y todavía siguen disputando, sin dar un paso; aun me voy a morir antes que acaben de disputar. El que quiera arreglar el mundo es preciso que co-

mience por arreglarse a sí mismo. ¿Eres padre de familia?

—Sí siñur, y tengo siete hijus, todos ya criaus.

—¿Son buenos?

—Esu les falta siñor. Son muy malus, no me tienen respetu, paicen hijus del diablu.

—¿Y con tu mujer cómo vives?

—Mi mujer no es una mujer, siñor, mi mujer es una fiera salvaje.

—¿Te ha llegado a pegar alguna vez?

—Más de alguna, siñur.

—¿Mucho?

—Bastante.

—¿Y por qué te dejas pegar?

—Siñur, no crea V. que es por falta de predicale, que ya se lo digu, «mira que nu está bien que pegues a tu marido, mira que mi dignidad padece con esus atropellus, mira que has de dar cuenta a Dios.

—Y ella ¿qué dice?

—No me hace miaja de casu, como si predicase a la pared.

—De modo que tú no sabes arreglar tu casa y quieres arreglar el mundo, no sabes hacer la unión de tu familia y quieres salir a hacer la unión de los obreros? Así hay muchos como tú que nos quieren arreglar; y a ellos, ¿quién los arregla? No te metas en dibujos, aprende bien el catecismo y sé buen cristiano, lo demás es música. Eres un desdichado, si sigues ese camino serás un nuevo Quijote por todos apaleado.

—¿Y qué hagu, siñur?

—Dedícate a ser bueno, y a hacer todo el bien que puedas, practicando y enseñando a practicar las virtudes evangélicas, sobre todo la humildad, esto es lo positivo para aquí y para allá.

—Yo, siñur, soy mu humilde.

—No me pareces, pues, muy humilde, desde el momento que lo conoces.

—¿Por qué?

—Porque cuando uno llega a ser verdaderamente humilde, todos lo conocen antes que él.

—¿Peru quiere V. más humildad, que dejarme pegar por mi mujer?

—Eso no es humildad, eso es debilidad: no se debe bautizar a los vicios con el nombre de las virtudes. No lo dudes, cuando todos los obreros sean mejores, su regeneración se hará sola; si no son buenos, si, ante todo, los que les dirigen no buscan la justicia y el bien, su regeneración es imposible.

—Pues nada más me ocurre, siñur.

—Ni a mí, lo que es menester ahora que no le ocurra nada tampoco a tu mujer.

—Así lo p'du, siñur, a Dios; que mi mujer nu tenga tan malas ocurrencias. Porque, siñur, yo le pegaría si con esu se había de corregir, pero ¿qué le paice que hace?

—Gritar y alborotar la vecindad ¿eh?

—¡Ca, nu siñur! pegarme más; así que nu quiero tucarla. Con que usted lo pase bien.

—Adiós. ¡Vaya un socialista bien particular! ¿Quién creará que es auténtico?

EL MAGO.

Lea V. RELIGION Y PATRIA y propáguelo entre sus conocimientos y amigos.

Tomen nota los positivistas

Cuando el hombre está pletórico de salud y de bienes de fortuna suele acordarse poco de Dios o no acordarse nada creyendo el muy... inocente que la salud se la debe solo al régimen y los bienes de fortuna a su trabajo y nada más que a su trabajo, y si este hombre necio y soberbio pasa de la categoría de particular a político mandatario entonces suele tener atrevimientos de lenguaje como este que muchos de nuestros lectores recordarán de no hace muchos años, seis hará: «España no necesita que Dios la salve, se salvará ella sola».

Aquel infeliz político ni pudo guardarse a sí mismo, muriendo asesinado en pleno Madrid y en pleno día y España ya vemos cómo no puede salvarse de tanto político fátuo ni de tantos logreros como le están chupando la poca sangre que le queda.

Pasemos a Italia para aducir una prueba más, sólo que en este infortunado país parece que se quiere *ver claro*.

El gobierno italiano no es modelo de gobiernos católicos ni mucho menos: mas ahora que Dios aprieta con sus terribles y elocuentísimas lecciones...

El ministro Notti se ha dirigido a los párrocos, en vez de a los prefectos y alcaldes, rogándoles que en todos sus discursos y sermones digan a sus feligreses que «antes que la movilización civil es necesaria la movilización de las conciencias, la fe que traslada las montañas, la esperanza que da alientos para vencer los imposibles y la caridad que abraza los corazones, en suma todas las virtudes cristianas únicas que pueden ahorrar a la nación italiana de los horrores de la revolución y de la muerte».

No os fíes, pues, incrédulos positivistas, de que tenéis salud y bienes de fortuna y de que se bastan solo con su fuerza material las naciones para salvarse, que Dios acostumbra a darnos en estos asuntos, como en todos, lecciones muy elocuentes a la par que terribles.

Reflexiones sabias de un obrero

Un joven obrero, de quien se burlaban a todas horas sus compañeros de taller por sus creencias y prácticas católicas, un día les replicó en estos términos:

«Verdaderamente yo no os comprendo: los judíos defienden su religión, los protestantes la suya, los moros darían la vida por defender sus creencias; hasta los mismos masones tienen apego a sus ridículos y tétricos ritos. En cambio, vosotros, que os llamáis católicos, que estáis bautizados y bautizáis a vuestros hijos, que recibisteis de la Iglesia vuestra esposa, que procuráis enterrar en cementerio católico vuestros muertos queridos, vosotros sois los únicos que atacáis sin cesar nuestra religión, que es la verdadera, formando coro con los judíos, ateos, y masones, de quienes aprendéis como los loros a repetir los improperios que contra ella se publican en sus periódicos.

Ser católico, llamarse católico, aparecer como católico en los principales actos de la vida y luego atacar las creencias católicas, hacer chacota de los sacerdotes que nos enseñan a creer y a obrar en católico, y mofarse de los que todos los días y a todas horas queremos vivir y aparecer como católicos, es la más monstruosa de las sinrazones, es la más degradante cobardía, es la más vil traición, es la farsa más infame.

De todo lo cual se deduce que el único obrero consecuente, lógico, leal y valiente de este taller, soy yo, que sigo pensando, hablando y obrando conforme manda pensar, hablar y obrar la religión que vosotros profesáis y os da vergüenza confesar y defender».

Así se hace

—¿Mozo?—Señor.—¿Hay tocino en este pastel?

—Sí, señor, hay tocino y carne.—Entonces sírvame V. en su lugar una chuleta de carnero. Soy judío y mi religión me prohíbe comer tocino.

En aquella mesa en que todos eran católicos nadie replicó, ni dijo una sola palabra. Ni risas, ni sonrisas, ni cuchicheos; nada de todo lo que se permiten casi siempre cuando un católico come de pescado en día de abstinencia.

Al fin de la comida, el caballero se levantó y con voz fuerte, dijo: «Señores; he querido daros una broma. No soy judío, sino católico, apostólico romano. Si hoy hubiera sido viernes de cuaresma y yo hubiera pedido comer de pescado, alguno de vosotros no hubierais respetado la libertad de conciencia del católico, como lo habéis hecho con la del judío. Hoy, ¡qué vergüenza!, todas las religiones falsas y todos los errores son respetados, mientras se persigue sañudamente a la única religión verdadera que lo es de la inmensa mayoría. Esto es idiota. Adiós, señores».

ESTADISTICA ELOCUENTE

En una revista científica, referente a la religión y a los vicios, un distinguido médico dice lo siguiente:

De 342 familias desavenidas, conté 320 que nunca asistían a misa los domingos.

De 417 jóvenes que cayeron en la deshonra y fueron causa de la ruina de sus familias, sólo 12 frecuentaban la iglesia.

De 23 banqueros que habían declarado quiebra, ni uno cumplía con el precepto de la misa.

De 40 establecimientos de comercio que abren sus puertas en domingo no llegan a 10 los que prosperan.

De 25 hijos ingratos para con sus padres, 24 no han vuelto a cumplir con la iglesia desde su primera Comunión.

Tal es el fruto de 20 años de experiencia.

¿... Como en Dinamarca?

¡Es un dolor y es al mismo tiempo una vergüenza lo que viene ocurriendo con jovencitas que empiezan ahora a presumir, con las que ya mucho tiempo que presumen y hasta con bastantes que por su estado y edad están más obligadas a los buenos ejemplos.

Esas funciones teatrales de tesis y episodios que rayan en lo escandaloso y repugnante; esos *cines* cínicos, esos bailes provocativos aunque se disfracen con la palabra *decentes*, ese afán a lujos atrevidamente deshonestos, están perdiendo a muchas jovencitas y a muchas madres de familia.

¿Hay autoridades en este pueblo? ¡No! Pues tales desafueros y crímenes permiten.

¿Hay padres de familia celosos de sus deberes?... ¡Muy pocos parece que hay a juzgar por el abandono en que se ven tantas y tantas criaturas en lugares peligrosos donde suelen labrarse desgracias irremediables.

Hemos sabido cosas que... no son para dichas, son para lloradas.

¡Por piedad, por amor a la cultura, al buen nombre de este pueblo, a la virilidad de la raza, señoras autoridades, mostrad que lo sois poniendo mano fuerte sobre tantos y tales abusos; señores padres de familia y esposos, más cuidado con vuestros hijos ¡con vuestras hijas! ¡con vuestras esposas!! El cieno va subiendo y subiendo...

Hubo un tiempo en el que Dios justamente irritado por los muchos y grandes pecados de las ciudades de Pentapolis las sepultó en el fuego.

También la gran Babilonia por su corrupción sufrió la ira de Dios.

¡Aquel Dios... existe todavía!

Y se hizo ver de nuevo en nuestros tiempos a los malvados de la Martinica, a los sacrílegos de Mesina... ¡Temamos la justicia de Dios!

¡No la provoquemos más!

¡¡100 PESETAS!!

De nuestro amadísimo y reverendísimo Prelado hemos recibido *cien pesetas* que ha tenido a bien conceder a nuestra publicación de lo recaudado por la Obra de la Buena Prensa.

Al ser honrados con tan importante donativo que es para nosotros testimonio muy significado de la predilección que se nos tiene, nos complacemos en hacer una vez más pública nuestra adhesión incondicional a las enseñanzas de la Iglesia, y a nuestro buenísimo Pastor la más respetuosa obediencia a todos sus mandatos e indicaciones.

¡Que el Señor le conceda larga vida colmada de méritos para el Cielo!

Util y dulce

Cosas de pobres.

Menú de la familia de Celedonio

compuesta de dos niños y el matrimonio.

ALMUERZO

Migas o ajo migado con pan y aceite, en cuyo almuerzo gastan... próximamente.
Pan, treinta y siete céntimos. 0'37
más dos panis llas de aceite, qu le cuestan siete perrillas. 0'35
Aumentar trece céntimos de sal y ajos y de carbón o leña para guisarlos. 0'13

COMIDA

En garbanzos pequeños pero bien duros, se gastan quince céntimos, yo lo aseguro. 0'15
Y en verdura de coles nabos o acelgas, emplean veinte céntimos según su cuenta. 0'20
Compra tocino, y gasta tres perras gordas, para que algo sustancia tenga la olla. 0'30
Pan, tres reales, lo menos, y no se ahitan. 0'75
postre cero y de leña sus tres perrillas. 0'15

CENA

Gazpacho, o ensalada pan y vinagre, aceite, sal y ajos, unos dos reales. 0'50
2'90

No puede comprimirse más, Celedonio, ni comer otras cosas ni ser más sobrio.
Y con estas comidas y estos almuerzos, tienen ancha barriga, largo pescuezo.

Total de esos manjares, dos con noventa y como el hombre gana tres pesetejas de ese modo mantiene mujer e hijos y le sobran diez céntimos para sus vicios.
Pero... ¿se me olvidaba! Faltan más cosas.
Luz, vestido, calzado pagar la choza, hilo, jabón, enseres y menudencias que solventar no puede por más que quiera.
Por lo que dice el pobre, muy cuerdamente,

que no puede ir a sitios donde haya gente.
Y si gruñe y se queja de su desgracia, lo corriente es decirle que tenga calma.
¡Válganos Dios, señores, que sentimiento ver que los Celedonios van en aumento!

JUAN OCAÑA.

Solución al anagrama anterior: «EL NUD GORDIANO».
Id. a la charada: MI-LA-NO.

Correspondencia administrativa

Sr. D. E. M.—Sotrondio.—Pagó fin Febrero 1919.
Sr. C. P.—La Pedrera.—Pagó fin 1918.
Sr. D. R. G.—Mazcuerras.—Id fin 1917.
Sr. F. L.—Sovilla.—Recibida 1 pta. para el aumento de números.
Sr. M. E. Palafox.—Pagó 1918.
Un «asiduo lector» de RELIGIÓN Y PATRIA en Ujo, nos remitió una peseta de donativo Dios se lo pague.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

“La Rusquella

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas. Nuevo surtido en todos los géneros, y amabilidad en el trato.
—San Bernardo y San Antonio:—
—GIJÓN:—

FOTOGRAFIA

Villanueva

LA MÁS CÓMODA Y ECONÓMICA

Corrida 62—bajo—GIJÓN.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandesa almacenes de ferreteria, loz y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios.—San Bernardo, 51 y 61: Teléfono 200: GIJÓN.

LA NEW-YORK

Relojería, Joyería y Platería

Garantiza sus ventas y composturas

CORRIDA, 18—TELÉFONO NÚM, 170.—GIJÓN

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857—Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle los Moros.

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS, SASTRERIA. :- San Bernardo y Jovellanos.—Gijón

TEMPORADA DE INVIERNO

Participamos a nuestra numerosa clientela haber recibido las más Altas Novedades en Sargas, Popelins, Pañetes, Terciopelos y una extensa colección en Paños para Abrigos de señora :- En Pañería para Trajes y Gabanes de caballero, es la unica casa que no tiene competencia en Precios :- Confección y Corte garantizando toda obra por tener un Maestro cortador de primer orden.

Acebal, Rato y Comp.*

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50,316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

COMPRO VELERO

usado. Diríjanse ofertas a Lino V. Sangenis-Corrida 73 GIJÓN

Palleres mecánicos de construcción y reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.-Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curdos y de latería. Fundición de bronce de todas las clases. Calefacciones e instalaciones de fuego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

— de —

Arturo Prieto Acebal

Plaza de S. Miguel, 2 y Capua, 31

GIJÓN

C.

Teléfono, 312

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y floruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135. Teléfono, 230

GIJÓN

C.

INDUSTRIAS ZARRACINA

SOCIEDAD ANONIMA

GRANDES FABRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores : : Chocolates

exquisitos : : Pan superior de todas clases

Carretera de Villaviciosa.—GIJÓN

C.

Dr. Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón.